

UN NUEVO ASPECTO DE LA OBRA DE MAUROIS

ANDRE MAUROIS Y LAS MEMORIAS IMPERECEDERAS
DE EMILIO HERZOG

Por ALBERTO CARDONA JARAMILLO

Indudablemente, André Maurois constituye un caso "sui-géneris" para la literatura de nuestro tiempo. Ninguno de los escritores contemporáneos posee, en primer lugar, como acontece con Maurois, el pleno dominio de una técnica tan deslumbrante del estilo. Del estilo, que es la expresión formal, el aspecto exterior de la pasión creadora en materias literarias. Mucho se ha escrito sobre este complejo y delicado tema. Un libro extraordinario de Cartault, por ejemplo, el que se refiere al intelectual, lleva al lector a reflexionar de manera profunda sobre el alma fáustica del estilo, cabe decir sobre el espíritu mismo de la obra de arte. Mas, con ser de un todo admirables aquellas páginas, sólo colaboran a plantear nuevas incógnitas en relación con esta verdadera ecuación literaria. Por lo regular, el estilo corresponde en el hombre de letras, en el intelectual puro, a ciertas y determinadas inclinaciones de la sensibilidad, a una reacción característica suya frente al mundo maravilloso de las especies, de las formas y de los colores. El estilo bien podría llegar a definirse como un sistema de coordenadas espirituales, que atraviesan en todas las direcciones el orbe enigmático de la vida interior. No deja, por ello, de constituir más que un verdadero absurdo, el hecho de tratar de reducir el problema del estilo a una simple fórmula didáctica, para el uso y el aprendizaje —más o menos correcto, más o menos perfecto— de los estudiantes de Retórica. Por lo demás, el problema es —por razón de su esencia y de su naturaleza— de índole estrictamente inductiva. El propio Maurois ya nos lo había dado a entender así en uno de los capítulos de su obra *Estudios literarios*, al referirse a ese bacteriólogo de las pasiones, a ese clínico sensible del corazón huma-

no, como se ha llamado con toda razón a Marcel Proust. No lejos de Chartres, en Illiers, que era el lugar de origen de la familia paterna de Proust, y en donde éste pasaba sus vacaciones —lo ha escrito Maurois—, Proust experimentaba a menudo la necesidad, ante ciertos espectáculos, de registrarlos en forma de frases. Y era entonces, cuando —desde aquel punto— el peregrino de la densa obra proustiana podía ir ya en busca de los caminos de Swan y de la senda de Guermantes.

Aquella lección, o sea la de que el estilo lo forman, en una profunda aleación de sentimientos y de costumbres, la vida y el hombre, es la lección que se desprende de la lectura atenta de un libro de André Maurois, de reciente aparición en los medios de las altas letras francesas de la época moderna. Emilio Herzog, el curioso personaje maurosiano, "doble" del propio autor de estas páginas seductoras de las *Memorias*, va consignando en las hojas sueltas de un diario, que es al propio tiempo el relato apasionante de un drama de la sensibilidad, las íntimas emociones suscitadas en su alma con motivo de sus continuos peregrinajes por el universo de la estética. Así, Emilio Herzog ha leído a Balzac, y las cuartillas de su diario sobre el tema balzaquiano, nos llevan a un conocimiento más perfecto de los aspectos de la novela francesa, de la que, por lo regular, aquél suele ocuparse. ¿Herzog, acaso, ha imitado a Balzac? No, en manera alguna. Ha sabido interpretarlo, o, lo que es lo mismo, aprehenderlo a cabalidad, en sólo tres, cuatro hojas de cuaderno de labores escolares, que valdrían por todas las obras que se escribieran sobre el particular. Allí no se ha mixtificado el tema de un estilo balzaquiano. Herzog sólo ha vibrado al contacto de sus ondas sensibles, de sus estímulos humanos poderosos y magníficos. Y la tonalidad ha dado por resultado algo que es verdaderamente maravilloso. El se ha ocupado de expresarnos "su" emoción de la obra balzaquiana. Sin valerse, para ello, de los prejuicios de escuela, porque a la época de sus primeras lecturas —nos lo ha confesado— las nociones de la retórica le eran algo completamente vedado. Herzog ha explorado el mundo interior de la literatura balzaquiana y de sus personajes, y el relato que nos hace de aquella experiencia resulta ciertamente extraordinario. A este propósito, recordamos ahora cómo Jakob Wassermann, al iniciar el primer capítulo de una de sus grandes novelas, ha dado a entender que el mundo interior, que la vida introspectiva de los seres humanos, por lo regular permanece inexplora-

da, a falta de quién emprenda tan laboriosa tarea; pero que, una vez realizada aquella auténtica odisea espiritual, ese mundo, al que antes considerábamos cerrado e impenetrable, nos depara las más grandes emociones, y suele a menudo sobrecogernos de amor, de fe y de esperanza. Viene al caso —para explicar objetivamente esta experiencia— una elocuente reflexión de Maurois, consignada también en su estudio literario de Marcel Proust. Es así —lo ha escrito Maurois— como una sola semilla, transportada por el viento, es suficiente para introducir en la tierra una planta que no existía y que repentinamente se desarrolla y la cubre. La reflexión es profunda, y es, a un propio tiempo, perfecta. Suele acontecernos, “que la realidad no la conocemos más que a través de los grandes artistas. De aquellas almas intercesoras de que tenemos necesidad para establecer un contacto con las cosas.”

Pero, no son sólo aquellas memorias de su formación literaria, en el caso de Emilio Herzog, o —lo que es lo mismo— en el caso de André Maurois, las que revisten singular grandeza, tanto para el autor, como para el lector de ellas. No podían faltar en este libro de las *Memorias* maurosianas, las páginas atañederas al eterno tema del amor y de la felicidad, del cual ha sido André Maurois uno de sus más fieles y acusados exégetas. De ello nos han dado fé muchas de sus páginas perfectas, concebidas en ese estilo “sencillo, preciso y a ratos profundamente poético que lo caracterizan”. De ello, asimismo, continúa dándonos fé el capítulo intenso de estas *Memorias*, en donde se ha hablado de la sílfide, de Janine de Szymkiewicz... Todo, allí, resulta de una naturaleza imperecedera, como lo es el tema mismo, ese ardiente tópico humano, en el que se inspiraron las páginas de este capítulo. Un hálito de ternura, de sensibles pasiones, un clima de sentimientos, las revive de continuo para la antología del amor. Detengámonos nada más, si se quiere, unos breves instantes, a contemplar el hechizado panorama poético de estos hermosos períodos. De regreso del macizo de la Vanoise, Emilio Herzog se ha detenido en Ginebra. Nos dice que él había prometido visitar allí a una actriz, Maggy Bertin, amiga de uno de sus camaradas. La Bertin actuaba en el Teatro del Parque de Aguas Vivas. Durante el entreacto, Herzog ha ido a verla al camarín. Y allí, sentada junto a ella, Herzog ha advertido la presencia de una joven cuya extraordinaria belleza lo ha sobrecogido. Para Herzog, la hermosa desconocida es la señorita Janine de Szymkiewicz. La misma sílfide, que tam-

bién hace su aparición para el lector, en el Capítulo VIII de las *Memorias* de Emilio Herzog. Cuántas veces —lo ha escrito Maurois, representándose en Emilio Herzog— había soñado con un rostro perfecto, en el que se mezclaran la gravedad pensativa de un adolescente y la gracia frágil de una mujer. El rostro de mis sueños estaba delante de mí. Y, yo no podía, continúa este apasionado biógrafo de Janine, alejar mis ojos de la aparición que de pronto colmaba todos los deseos de mi corazón. Cuando evoco esa noche, el sentimiento que vuelvo a encontrar es una mezcla de admiración, de entusiasmo, de confianza. Desde las primeras palabras, nuestra conversación se situó en un plano de familiaridad, de ternura y, sin duda —¿hace falta decirlo?— de amor. En seguida amé su voz precisa, un tanto velada, y la poesía triste de sus palabras.

Desde aquel dichoso encuentro, la sombra del corazón de la adorable Janine se proyecta a todo lo largo y a todo lo ancho del sendero de su existencia. Y evocarla, “con su vestido de tussor natural, adornado tan sólo con un cuello a la marinera de seda azul con pintas blancas, y su gran sombrero de paja anudado con un pañuelo de seda blanca con pintas azules”, llegó a hacerse tan indispensable a Emilio Herzog, como el aire mismo para respirar, como el brillo de la luz para aprehender a través de ella todo el gracioso encanto de las corolas, la poesía tierna e incomparable de esas horas crepusculares, transcurridas en su aldea natal, cuando “el sol orificaba los troncos de los árboles” y su alma sensible se sumía en un estado de profundas ansiedades. Janine fue su gran confidente, el hada melusina de sus sueños más puros, la amiga de siempre. Aún, más allá de la muerte, más allá de esos umbrales melodiosos de la divina música de Fauré, cuyas notas habían solemnizado aquella misa de difuntos por el eterno descanso del alma de Janine. Era el mes de marzo de 1924 —lo ha recordado Emilio Herzog— y el tiempo era admirable. La suavidad de una primavera precoz avivaba, por contraste, mi desesperación. Día tras día el sol se elevaba en un cielo sin nubes. Yo no trabajaba. Todas las mañanas iba a comprar flores blancas y las disponía lo mejor posible, tal como ella lo hubiera hecho, cambiando de lugar una rosa, o acentuando la curvatura de un tallo entre los retratos que había colocado en cada habitación. Hay que intentar vivir, me decía. Pero, ¿y Janine?...

A más de todos estos atractivos, el de un estilo maurasiano y el de las memorias de Emilio Herzog a propósito de la turbadora

belleza de Janine, la obra que venimos comentando reúne otro atractivo de singular interés para el lector culto. Es ese juego de matices que intervienen, de una manera tenue y maravillosa, en la composición de la frase. Lo cual, por lo demás, le es característico al estilo de Maurois. Sin pecar la frase de preciosismo, o de alambicamiento. Así, léamosle entre líneas la página 109 de estas *Memorias*. Refiriéndose a Janine, ha escrito Emilio Herzog por intermedio de Maurois: "le gustaban los vasos alargados y finos, vasos chinos con superficies maravillosamente pulidas, vasos de Venecia, vasos de Wedgewood, cristales grabados de Lalique. Estudiaba largo tiempo la curvatura de un tallo, la nube verde de un helecho."

Maurois, el biógrafo de Shelley, de Eduardo VII, de Byron, de Benjamín Disraeli, y en las páginas de estas *Memorias* el biógrafo de Emilio Herzog, es decir el biógrafo de sí mismo, se nos revela como un escritor prodigioso, poseedor de sorprendentes reservas espirituales. Es muy difícil, es casi un verdadero imposible, escribir una relación imparcial acerca de nosotros mismos. Por lo regular, en aquellos momentos más vanidosos de nuestra existencia, a los que se ha referido Zweig en *El mundo de ayer*, no nos resistimos a la tentación de proceder a enaltecer, así sean nuestros más grandes defectos, aquellos que se han hecho en mayor grado visibles ante los demás. Al aludir a sí mismo, uno se convierte necesariamente en una especie de biógrafo victoriano. La naturaleza humana, por el hecho mismo de serlo, no es ajena en manera alguna a los diabólicos estímulos de la vanidad. De la vanidad, "que es lo que hace que nos escuchemos por fuera". Así, en boca de nuestros contemporáneos, ponemos todo aquello que corresponda a lo hiperbólico y a lo superlativo, en un exceso muchas veces de falsa o equivocada auto-valoración de nosotros mismos. Y esto precisamente, o sea la excepción a la regla, es lo que no le ha ocurrido a André Maurois al ocuparse de Emilio Herzog. Estas páginas nos revelan a un Maurois de grandes flaquezas a un propio tiempo. Como que son ellas la historia de una vida interior y exterior que, desde la más temprana edad "se sintió sonora como un caracol de los mares", cuando la prodigiosa sensibilidad del futuro grande hombre de letras comenzaba a presagiar, al amparo de ese leve y delicado cielo dominical de las mañanas de Elbeuf, la auténtica gloria de un destino literario que marcaría huella indeleble en el sendero de las más puras y de las más hermosas letras de Francia y del mundo.

Para decirlo con las palabras finales del propio Maurois acerca de la vida, los sentimientos y la formación literaria de Emilio Herzog, las páginas de estas *Memorias* —de un todo imperecederas— son a manera de las constelaciones familiares que nombran, de nuevo, voces francesas, en el más hermoso de los idiomas.

Alberto Cardona Jaramillo